



Carmelo Soria

y se conduce de una manera que hace sospechar que estaba presente en la estación Finlandia el día que Lenin desembarcaba en San Petersburgo dispuesto a todo. El fue también quien años más tarde me regaló mi primera caja de colores y mi primer caballete de pintor.»

Al lado de esta presencia inicial, que Alvaro Delgado ha recordado siempre, existen tres grandes figuras de la pintura a las que en cierta medida el pintor reconoce la categoría de maestros; el primero de ellos, Daniel Vázquez Díaz, del que fue discípulo junto con Francisco San José; Carlos Pascual de Lara, Gregorio del Olmo, Martínez Novillo, Luis García-Ochoa, Enrique Castelo y Gil Parrondo, en la Escuela de Bellas Artes durante los años bélicos de 1937.

Prácticamente con los mismos compañeros, aun cuando algunos habían tomado otros rumbos y otros fueron discriminados por pintorescas causas, Alvaro Delgado participó en los años 1939 y 1940 en la experiencia de la «Escuela de Vallecas», que animaba Benjamín Palencia, tomando todas las precauciones imaginables para no dejar traslucir que antes de esta experiencia había existido otra que animó y dirigió el escultor Alberto, en la que Palencia desempeñaba poco más que un papel de comparsa y que luego le animó a erigirse en maestro de los jóvenes pintores de los años cuarenta, cuando Alberto se encontraba exiliado en Rusia y otras de las personas que habían participado en la primera experiencia habían desaparecido. Palencia, al que San José reconoce auténtico magisterio y da gran importancia a la «Escuela de Vallecas», fue muy ambiguamente el maestro de una casi inexistente Escuela, y esto esencialmente por características de su propia psicología. Un hombre sin ninguna grandeza, ni generosidad alguna y poseedor de una cultura menos que mediana —a pesar de la influencia de su tío, que probablemente aconsejó e inspiró su obra e instigó sus escritos— como era Palencia, no pudo ser maestro de nadie y las dos narraciones que existen de lo que fue la Escuela, no comprometidas económicamente con Palencia ni con sus herederos, demuestran a las claras la inexistencia de la Escuela, con lo que evidentemente el magisterio de Palencia es para Alvaro Delgado una enseñanza *a senso contrario*.

El propio Alvaro Delgado ha destacado el interés que tuvo para él la presencia y el magisterio de otra gran figura de la pintura española de su tiempo: Pancho Cossío, que como interlocutor en su función de esclarecedor de claves y enigmas que era lógico rodearan a los jóvenes artistas de aquel tiempo, tuvo para el pintor madrileño una importancia fundamental, que en algunas épocas llega incluso a traducirse en la formación de la peculiar voluntad de estilo de Alvaro Delgado.

EL PASADO COMO MAESTRO

Hay una dimensión fácilmente localizable en la obra y en la trayectoria de Alvaro Delgado. Para él, aparte de una serie de admiraciones que le han llevado a estudiar e identificarse con las soluciones de artistas como Rembrandt, de Goya, de Kokoschka, Sutherland y Bacon, el pasado en conjunto es una forma de magisterio. Prácticamente en todas las obras decisivas de su tarea pictórica, El Prado se convierte en el repertorio y la continuidad de una serie de visitas, cada una de las cuales se identifica con un hallazgo. Algunas veces, estos encuentros dan lugar a afortunados *d'après*, a tensas e inteligentes identificaciones que el artista realiza con el modo de hacer de creadores que le han precedido, como El Greco, Velázquez o Goya, y en este sentido cabe recordar una importante exposición realizada hace no mucho tiempo, en el Club Urbis, de Madrid, en torno a la visión y la revisión de los retratos de personajes tal como los interpretaban los grandes maestros españoles.

Para Alvaro Delgado todo lo que ha ocurrido en el mundo de positivo y de negativo y en la medida en que ha llegado a obtener noticias sobre ello e incorporarlo de una u otra forma a los determinantes de su sensibilidad, es un sujeto de reflexión sobre el que se pueden pasar actitudes, vivencias, descubrimientos y trabajos. Lo transcurrido es una cantera inagotable, en la que se encuentran lo mismo el dogma que la libre expresión. Y con esta deliberada necesidad de buscar en el pasado, Alvaro Delgado ha llegado a coronar una de las obras más importantes de la pintura española contemporánea.

EL MAGISTERIO COMO LEGADO

En el encuentro de esta trayectoria, en la fidelidad a un repertorio de ideas que el pintor profesa con extraordinaria diafanidad, se encuentra a su vez un magisterio que ha contribuido directa e indirectamente a enseñar, a mirar y a pintar a los españoles de los últimos años. Su gran hallazgo en torno a la polivalencia de los estilos, los sistemas de imágenes y los «ismos», se traduce en una inalterable fidelidad a los elementos más concluyentes de su propio modo de ser, y en este orden la lealtad consigo mismo es el principal ingrediente para Alvaro Delgado de una pintura que cultiva los géneros en su totalidad, sin establecer servidumbre alguna y que se traduce de manera clara y concluyente por una inacabable sensación de compromiso con el hombre, de interés que no se agota por el ser humano,